

## LA VIOLENCIA NEOLIBERAL (LA DEMOLICIÓN DE LOS VÍNCULOS. HACIA UNA EPISTEMOLOGÍA DEL TERROR)

Ana María Rivadeo\*

LAS CORRELACIONES entre una empresa de destrucción y el espacio de las palabras no son fáciles ni evidentes. Hay una exclusión recíproca entre palabra y violencia. Pero el compromiso ético de hablar, de dar testimonio, de nombrar contra el silencio, es un punto de partida. Porque, como sabemos, en materia de violencia callar es mortífero. Sin embargo, hablar no es inocente. Y convocar la violencia al espacio de lo hablable es peligroso. En el caso de la violencia neoliberal, que hoy nos ocupa, por la tentación del amontonamiento estadístico de las cifras del desempleo, del número de los expulsados, los desechados y los amenazados; de las fábricas de pobres; de las guerras contra los pobres y entre los pobres; de los cielos privados y los vastos infiernos al asedio; del desmantelamiento de las leyes y la invasión de los fuera de la ley. De esa demolición tendencial masiva de los lazos sociales que atraviesa todas las construcciones colectivas — desde la nación hasta la palabra —, y que apunta a instituir al pánico mutuo en el único vínculo colectivo de sobrevivencia disponible.<sup>1</sup>

Pero éste es el otro lado peligroso del discurso en torno a la violencia: la captura de las palabras por el sadismo del texto. Y si bien resulta imprescindible evitar el colapso que acecha en ese surco angosto que media entre el horror y el acto de pensamiento, es, sin embargo, dentro de esa grieta donde ha de construirse el pensamiento. Crear un intervalo entre el horror — de la sobra, del trabajo esclavo, o del asesinato llano de los niños de nuestras

\* Profesora de la Escuela Nacional de Estudios Profesionales de la UNAM, Acatlán.

<sup>1</sup> Cf. Eduardo Galeano, "Los prisioneros", en *La Jornada*. México, 11 de agosto de 1996.

calles latinoamericanas, por ejemplo — y su reflexión. Simbolizar el patrimonio mortífero que estamos testimoniando y heredando; elaborarlo para hacerlo significable, y por ende transmisible. Quebrar la invisibilidad, el olvido y la venganza inscribiendo una memoria; nombrar y sancionar la violencia y el crimen construyendo una historia.

Los que venimos de alguna experiencia de terror de Estado sabemos que las violencias masivas producen catástrofes sociales, y que éstas incluyen lo epistémico. El Estado moderno, como Estado de derecho tiene el monopolio de la violencia y del terror legítimos. Y si él constituye, asimismo, como Estado democrático, un ámbito de inscripción de las luchas, las resistencias, las conquistas y la presencia populares, no es menos cierto que las correlaciones de fuerzas sociales cambiantes que condensa material e idealmente se registran en un sistema de aparatos y de leyes que articula internamente con la violencia. La ley conforma el orden represivo y la organización de la violencia ejercida por el Estado. Instituye los espacios de aplicación y los objetos de la violencia. Estructura las condiciones de funcionamiento de la represión, designa sus modalidades y encuadra sus dispositivos. Lejos de la *escisión-oposición* entre ley y violencia, la ley constituye el *código* de la violencia pública organizada. De ahí que la cuestión de los límites, o las garantías, que el Estado como Estado de derecho pone contra su propia violencia sea siempre una cuestión *abierta*, que se juega en el campo de la correlación de fuerzas sociales. De las luchas, la presencia organizada, y el poder efectivo de los grupos subalternos en la trama estatal, en cuanto el Estado tiene el monopolio de la violencia física y legal, en orden a la administración de la muerte y la vulneración de los cuerpos individuales y sociales.<sup>2</sup> Y ello tanto en los términos materiales inmediatos de la represión, como en los no menos materiales por mediatos de la gestión de la economía, de la urdimbre social y la cultura por cuenta propia, y a cuenta de los sujetos sometidos a su ley.

Cuando la violencia estatal, en el complejo sentido apuntado, es ejercida contra una parte de la sociedad civil, y tiene por objeto — empírico demostrable — la eliminación de una categoría o gru-

<sup>2</sup> Cf. N. Poulantzas, *Estado, poder y socialismo*. México, Siglo XXI, 1979.

po de sus ciudadanos — en las formas múltiples y diversas que admite el concepto de “eliminación” —, actúa según el método del genocidio (definición de actos genocidas, Asamblea General de Naciones Unidas, 1948: “Actos genocidas son aquellos cometidos con la intención de destruir total o parcialmente grupos nacionales, étnicos, raciales y/o religiosos. Ellos son: a) asesinar a miembros del grupo; b) causar serios daños corporales o mentales al grupo; c) infligir deliberadamente *condiciones de vida* calculadas para generar daños físicos totales o parciales...”).

Pero la máquina de muerte que administra el Estado no tiene, decíamos, un alcance parcial: no se limita al exterminio o mutilación de uno o algunos grupos. La violencia de esa acción mortífera — cualquiera que sean sus formas, sus objetos específicos, los dispositivos y los aparatos de su ejercicio y su modulación — entraña siempre, como momento interno del ejercicio del poder dominante — en que se articulan la ley, el terror y la legitimación —, el borramiento del asesinato: la violencia de la denegación.<sup>3</sup> Ésta es la catástrofe epistémica, del orden del saber, que apareja con el terror como política de Estado, y confiere a éste su alcance masivo: no sobre uno, o algunos grupos, sino sobre todos. No se trata aquí sólo de la exclusión-exterminio de determinados sectores, sino también y al mismo tiempo del borramiento y la invisibilización de los excluidos del campo de la memoria de los sobrevivientes. Para éstos, y por medio de ellos para el conjunto que forman con las generaciones que les preceden y les siguen, esa violencia pone en suspenso lo simbólico. Agujera como *sin-sentido*, y corporiza en el *sin-lugar*. Alcanza, para destruirlas, a la memoria y al territorio de lo social.<sup>4</sup> De ahí la analogía que se hace hoy en Argentina entre los “desaparecidos” de ayer y los “desempleados-desechados” de hoy.<sup>5</sup> Lo que se borra como no

<sup>3</sup> Cf. R. Kaës, “Rupturas catastróficas y trabajo de la memoria”, en *Violencia de Estado y psicoanálisis*. Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1991.

<sup>4</sup> Sobre los temas del lugar de la historia y la territorialización en la conformación de la nación, entendida como modalidad específica de articulación social, cf. A. M. Rivadeo, *El marxismo y la cuestión nacional*. México, UNAM, ENEP-Acatlán, 1994.

<sup>5</sup> Declaración conjunta de doscientas organizaciones de derechos humanos, sociales, sindicales y políticas, en ocasión del veintiún aniversario del golpe militar del 24 de marzo de 1976 en Argentina. Cf. S. Calloni, “A 21 años del golpe en

habiendo tenido o no estar teniendo lugar, no tiene lugar donde escribirse para ser pensado, y para articular los cuerpos y los cursos de las historias individuales con los de la historia colectiva. En nuestra América, la construcción de la categoría de “desaparecido” expresa un trabajo de resistencia contra el borramiento en lo espacial, lo histórico y lo simbólico. Esa categoría es un significante de la violencia de Estado. Mejor aún, un significante mantenido *contra* la denegación del pensamiento. Sostener abierta la cuestión de los desaparecidos fue, en primer lugar para las madres, pero en seguida para todos nosotros, corporizar el rehusamiento a la expulsión de sus muertes fuera de lo pensable: el rechazo al enquistamiento sin término de la violencia. Y otra cosa esencial: la recusación de la complicidad en el asesinato del pensamiento.

Por supuesto que la catástrofe social producida por las dictaduras terroristas de Estado reviste diferencias importantes y múltiples respecto a la violencia y al terror desplegados actualmente por los Estados de derecho neoliberales. Pero he elegido no ese tema, de suyo imprescindible y por hacer, sino el de las continuidades. Una discontinuidad que no obstante quiero enfatizar es la de que en estos últimos la posibilidad de hablar y conocer existe, en cuanto no convoca la inminencia de la aniquilación física inmediata y segura. Y sin embargo, los trasvasamientos resultan inquietantes. La irrupción del horror comporta la concurrencia de dos elementos contrastantes: la *brutalidad* y la *impos-tura* de la racionalidad (de la ley, en sentido amplio). El peligro o la amenaza se experimenta entonces siempre en los extremos: la estridencia o la obturación. *Nunca se sabe* — saber en la dimensión de oposición al desconocimiento, a la mutilación de la evidencia — si el riesgo se sobreestima o se subestima. Pienso en Viviane Forrester y su analítica del “horror económico” neoliberal. Sobre todo en sus preguntas: ¿es preciso merecer vivir, o sea ser rentable, explotable, para tener derecho a vivir?; ¿pero qué pasa con el derecho a vivir cuando se prohíbe cumplir con ese deber, cuando lo que se impone se vuelve imposible? Hoy se sabe, dice Viviane, que los accesos al trabajo están obturados en forma permanente...

Argentina, el grito sigue siendo no a la impunidad”, en *La Jornada*. México, 25 de marzo de 1997.

En estas circunstancias, ¿es normal, es lógico imponer lo que escasea? ¿Es siquiera legal exigir lo que no existe como condición necesaria de la sobrevivencia?<sup>6</sup> Desde luego que como latinoamericanos sabemos bastante sobre esto. El horror reside, y ella lo dice, en vislumbrar que empieza a pasarles lo que parecía que sólo era posible que nos ocurriera a nosotros. Nosotros podríamos referirnos, aparte del desempleo estructural en cuanto quiebra civilizatoria, al desempleo sin seguro de desempleo, o abreviando, sin ninguna garantía o derecho para la fuerza de trabajo, que se esconde bajo los eufemismos del "trabajo informal", la pobreza "extrema" o la "marginalidad" de las mayorías; a la expropiación masiva de la riqueza nacional popular ejercitada por las políticas de pago de la llamada deuda externa, de privatización de los bienes nacionales históricos, y de los recursos naturales; a la inminencia permanente de los colapsos devaluatorios que se abate como catástrofe siempre anunciada sobre los grupos subalternos; a los negocios legales e ilegales del poder con todo, incluyendo nuestros aportes jubilatorios; al terror masivo en torno a la "pérdida de confianza por parte de la comunidad financiera internacional" — esa neo-"comunidad" que parece apostar a ser la única y la última. Sin que ésta quiera ser una lista exhaustiva, podríamos enunciar someramente otros horrores. Políticos, por ejemplo. Los amañamientos de toda índole del poder político estatal nacional-transnacional,<sup>7</sup> vertebrados sobre la despotenciación, el vaciamiento o la pantomimización de los poderes de las instituciones democráticas. Desde las políticas secretas y sus aparatos paralelo-clandestinos protegidos contra esas instituciones democráticas, pasando por la amplia gama de la "eficacia" en cuanto dislocación del poder respecto al control, la presencia y la participación organizada de los grupos subordinados. Las elecciones como concurso de perjurio, la pulverización de las Constituciones en lo que ellas registran de construcción democrático-popular, la multiplicación de autoridades *ad hoc* que no responden a

<sup>6</sup> Cf. V. Forrester, *L'horreur économique*. París, Fayard, 1996.

<sup>7</sup> Cf. Informe de Naciones Unidas, investigación a cargo del economista canadiense Michel Chossudovsky. Citado por G. Almeyra, "El dinero no huele", en *La Jornada*. México, 17 de marzo de 1997.

ningún electorado,<sup>8</sup> la impunidad de los responsables, que enuncia: es la "única política posible", es "la ley natural". (Me pregunto, luego, porque habrá un luego, ¿dirán que "no sabían"?; ¿invocarán la "obediencia debida"?; ¿o pedirán una estatua ecuestre en pago a la victoria y los servicios prestados a la humanidad restringida, amputada del tercio o los dos tercios de desecho que hoy le sobran?)

Lo siniestro, decía Freud, es ese lugar donde la actualidad alucinada y el desconocimiento de la percepción alcanzan una distancia ínfima: buscar experiencias y percepciones en esta zona es, además, una de las fuentes de la eficacia del terror. La amenaza coloca la evidencia en un sitio donde la distancia entre lo que "no puede ser" y "es", sin embargo, no es de fácil discriminación. Donde el criterio de realidad sobre lo espantoso es equívoco y funciona en el exceso. Lo que es, es imposible de creer. Esto empuja al discernimiento hasta los límites del letargo y la estupidez — "no pasa nada".

Si hay una frase que haya consagrado en el decir histórico la distancia entre los que atravesaron el horror y quienes pudieron evitarlo es esa de las víctimas, que dice: "ustedes no pueden saber". Y que coincide siempre en espejo con la de los indemnes: "nosotros no lo sabíamos". ¿Qué expresa y qué oculta esta antinomia aparente que insiste, atraviesa el tiempo, el contexto, las geografías, desde el holocausto al neoliberalismo? — En este último, las votaciones "equivocadas", los "errores" de apreciación de las instituciones y las personas sobre la dimensión y los efectos de sus transformaciones. Qué, si no el muro de silencios que separa universos de experiencia que *no tienen ya una medida común entre sí*. El terror neoliberal de nuestros días apunta a quebrar la medida común de *lo humano* que había logrado construir la humanidad a través de organizaciones, derechos, valores, instituciones, prácticas, todo lo que podríamos condensar en los conceptos, las obras y los sueros colectivos de la democracia como soberanía popular efectiva.<sup>9</sup> Por eso, si no elaboramos, pensamos,

<sup>8</sup> Cf. E. Hobsbawm, *Historia del siglo XX*. Barcelona, Grijalbo/Mondadori, 1995.

<sup>9</sup> Sobre el actual proceso de transnacionalización capitalista; la rearticulación de la trama mundial y los tejidos nacionales; la transformación de la conden-

gritamos, cantamos; si no sancionamos simbólicamente y prácticamente ese despeñadero, la guerra será tal vez irreversible: la guerra contra los pobres, en primer término. Pero también la guerra de los pobres contra otros más pobres. La guerra de los asustados contra los que sobran. Las xenofobias y la multiplicación de los enjaulamientos de todos los que sienten que tienen algo que perder, aunque sea nada. La *extranjerización*, el fuera-de-lugar masivo de todos los otros, que por supuesto somos todos. La llamada "profundización de la heterogeneidad social" es uno de los nombres que no nombran la deportación *in situ*, el repudio *in situ*, el destierro *in situ* del paroxismo de la exclusión en que se significa el neoliberalismo. Esa reconformación generalizada del campo del poder, de lo político, lo social, los espacios y las historias colectivas, en que se vislumbra "la sombra, el anuncio o la huella de un crimen".

No es poca cosa para los poderes dominantes haber llevado a todos esos hombres y mujeres a mendigar un trabajo, cualquier trabajo, a cualquier precio, donde sea. Aun a costa de la muerte, en ese *extranjero global*, gigantescamente ampliado, que es hoy la patria de los pobres, de los ex trabajadores, ese anverso orgánico de la *patria global* del capital. Haber llevado ahí a los que antes cuestionaban la explotación. A los que ayer mismo eran acaso combatientes.

Tampoco es poca cosa tener a su merced a los que aún tienen trabajo, o derechos: obligarlos a aceptar la precarización, el dismantelamiento de todos sus derechos, sus organizaciones, sus inscripciones sociales, sus espacios y sus historias, como condición para el empleo. Pero hay más, a legitimar, junto a esas situaciones, otro mecanismo paradigmático del terror: la responsabilización del *agredido*. El Banco Mundial dice, en su informe de este año sobre la agenda inconclusa de América Latina, que "la

sación acuerpada por la forma nacional-estatal; el contenido de las alteraciones de lo nacional implicada por las mutaciones en curso de los sistemas hegemónicos — esencialmente, la ruptura con las tendencias democrática, popular, incluyente, socialmente expansiva y homogeneizadora contenidas en la forma nacional de dominación hegemónica precedente —, cf. A. M. Rivadeo, *Nación y transnacionalización*. México, UNAM, ENEP-Acatlán, en prensa.

causa del desempleo son los sindicatos y los regímenes salariales inflexibles infestados de protecciones".<sup>10</sup>

En cuanto configuración paroxística de los mecanismos del terror de Estado, volvamos, para avanzar, a la figura latinoamericana de la desaparición forzada. La perpetuación del desconocimiento de su muerte articula ahí con la prescripción a la familia para que *ella* asuma el acto de nombrarlo-instituirlo muerto. En el caso de la violencia neoliberal que acuerpa en nuestros des-empleados, des-echados, a-terrados, criminalizados de todo tipo, la superfluidad respecto de lo humano no es un juicio que emita el Estado, o el mercado. Como se sabe, el mercado en cuanto entidad inmanente no decide nada por sí solo. Porque es un mecanismo cuya lógica y acción están articuladas y subordinadas a una construcción político-social, que hasta hoy continúa condensándose en el Estado, con todo y las transformaciones múltiples que lo atraviesan. La intervención de éste, por medio de la acción o la omisión, sí es, en cambio, decisiva. Pero el Estado neoliberal no emite, tampoco, un juicio de aquella índole: naturaliza la exclusión, privatiza la responsabilidad, culpabiliza a las víctimas, articula su inimputabilidad, es cierto, a través de la invocación-construcción del Mercado-Sujeto. Pero no declara la exclusión de lo humano del desechado. Salvo los casos en que el desechado adquiere el carácter de "enemigo", categorización política que depende de una teoría de la Seguridad, ya desde los años setentas de índole transnacional y centrada en la aniquilación del "enemigo interno". En la actualidad, esa categoría corporiza de modo privilegiado en las figuras del "terrorista" y el "narcotraficante". La reciente masacre fujimorista en el Perú me obliga a mencionar, al menos, el dictamen estatal de no-humanidad emitido contra los miembros del MRTA —ya implícito en las condiciones carcelarias de sus presos. Y la flexibilidad que en orden a la humanidad de los ex rehenes comporta la prioridad de la aniquilación de aquéllos para el Estado y los poderes transnacionales. Pero aún en este extremo, la operación política de desechamiento sólo puede completarse a través de una legitimación que hace posible

<sup>10</sup> Cf. "Reforma laboral y creación de empleo: la agenda inconclusa en América Latina", en Informe del Banco Mundial, citado en *La Jornada*. México, 5 de abril de 1997.



acompañar con la complicidad del placer o del silencio ese brindis obsceno al pie de los acribillados.

Como en el caso de los "enemigos", en el de los múltiples expulsados de las políticas neoliberales la declaratoria de exclusión de lo humano espera poder instituirse como declaración del *prójimo* del excluido, una vez dislocados los vínculos sociales entre éstos. Rehusarnos. Reivindicar su humanidad, su integridad, su imprescindibilidad como condiciones necesarias de las nuestras. Resistir al "ajuste" de los espacios, y de los que caben. Desbordar e interrumpir las despotenciaciones y las fragmentaciones que los bloques dominantes imponen sobre las diversas formas de presencia, unidad y organización de los grupos subalternos. Contrapuntear la ofensiva de contracción, vaciamiento y des-socialización de lo político y la política. De su subsunción en la economía como ley de acumulación del capital, y de ésta en la inexorabilidad natural. Cuestionar la identificación de la política con la economía política y la política económica del capital, que supone la autonomización de lo económico respecto a la acción política de las mayorías. Desbrozar una disputa en todos los planos y direcciones, por la conformación material e ideal del campo de lo público, la igualdad, la libertad, las autonomías, la justicia y la ciudadanía. Que se anuda en torno a la construcción, los significados y la consistencia de la *democracia*, y contrasta las modalidades neoliberales de la *evanescencia autoritaria* de ésta. Interrumpir los monopolios y las certidumbres del poder y del saber aventurando una experiencia múltiple y diversa de imaginación, reentramado y construcción de *solidaridades*. Viejas y nuevas, horizontales y verticales, en el espacio y en el tiempo. Entre los trabajadores con empleo y sin él, rurales y urbanos, fijos y precarios, mujeres y hombres, los ancianos, los jóvenes y los niños... Entre los de este lado y todos los de los otros lados de la trama transnacional de la producción, el comercio y los servicios. Para reducir los horarios de trabajo, frenar la desocupación, establecer tutelas sociales sobre el trabajo de los menores, los salarios, la libertad sindical, la educación. Para defender la naturaleza, nuestra casa de la vida, otro objeto de una ofensiva gigantesca en que se juega la existencia aun de las generaciones no nacidas.

Veinte años después, las madres siguen repitiendo: "vivos los llevaron, vivos los queremos". "¡Están locas!", decían — dicen to-

davía algunos; Menem, por ejemplo. Ellas respondían: es justo para *no* volvernos locas.<sup>11</sup> En la misma línea se coloca, creo yo, lo que expresan nuestros indios, esos profesionales de la resistencia a la exclusión, y por ello de la esperanza (no veinte, quinientos años), cuando dicen nunca más un México, un mundo, una humanidad sin nosotros. Sin todos nosotros, incluyendo a nuestros muertos y a los todavía sin nacer. O lo que es lo mismo: habrá humanidad para todos, o no la habrá quizás para nadie.

El ejercicio del horror provoca siempre sin-sentido. Culpabilización de las víctimas ("no me culpes, yo no voté por..."). Desamparo. Soledad. Denegación. Repudio ("por algo le habrá ocurrido eso") como recurso fantástico para poner el horror afuera y permanecer más allá de su alcance. Borramiento del crimen. Obturación del pensamiento. No se trata sólo de la pérdida o la mutilación de la vida, sino esencialmente de la *pérdida misma de lo perdido*: de "la memoria *significante colectiva* que estructura la humanidad de un grupo inscribiendo a sus muertos", dice Piralian.<sup>12</sup> Tributo de dolor, la violencia neoliberal marca, pero obstaculiza el trabajo de la memoria quebrando los vínculos sociales actuales, pasados y futuros. Abre a una extraña clase de verdad: lo que aún no se ha experimentado y se teme como futuro es algo que ya ocurrió en el pasado. Una verdad que exige la elaboración minuciosa de algo así como una geografía y un memorial de lo impensable. Indignarse contra la injusticia. Nombrar e inscribir a los excluidos. Reconstruir los por qué, los quiénes, los lazos horizontales y transversales del pasado, el presente y el futuro. Reapropiarse la historia y los espacios. Señalar, responsabilizar y penalizar al agresor —que no es nunca una mano invisible. Éstas, creo yo, son algunas de las líneas por las que discurre, hoy como ayer, la empresa humana, esencialmente pública y colectiva, de la construcción democrática como resistencia, límite y alternativa a las múltiples formas de la violencia terrorista de los poderes dominantes.

<sup>11</sup> Cf. H. Bonafini, *Historias de vida*. Buenos Aires, Fraterna, 1985.

<sup>12</sup> Cf. H. Piralian, "Genocide et transmission. Sauver la morte". Rapport au Colloque Centre National de Recherche Scientifique-MIRE, en *Rencontres avec la psychanalyse, les fonctions du père*. Paris, mayo de 1987. Citado por R. Kâes, *op. cit.*